

LA IGLESIA CATÓLICA COMO ORGANIZACIÓN PROMOTORA DE LA RECUPERACIÓN SOCIAL DE LAS CLASES MÁS POBRES DEL MUNDO

Pedro Antonio Torres Osorio*

SÍNTESIS

Los fenómenos de la injusticia social, la pobreza, la exclusión social y la concentración de la riqueza, aunque no nuevos, han sido los puntos de referencia de la práctica del evangelio de Jesús, como fuente de luz para las mentes de los Pontífices, que en sus Encíclicas vuelven un presente continuo la lucha por la libertad, la fraternidad, la solidaridad y la equidad.

La Doctrina Social de la Iglesia acepta la mutua relación entre el capital y el trabajo pero en una sociedad en la que el trabajador no se envilezca a sí mismo midiéndose sólo desde el lado objetivo y exterior de su trabajo, sino que se valora como persona, como alguien que pertenece a una comunidad de trabajo solidario, a una sociedad que aprecia el trabajo y que lucha sin cansancio por la justicia, la libertad y la equidad.

DESCRIPTORES: Doctrina Social de la Iglesia, relaciones sociales, clase obrera, equidad, solidaridad, justicia social

ABSTRACT

The phenomenon of the social injustice, the poverty, the social exclusion and the concentration of the wealth, although not new, have been the points of reference of the practice of Jesus' gospel, as a source light for the minds of the Popes that turn a continuous present the fight for the freedom, the fraternity, the solidarity and the fairness in their Encyclicals.

The Social Doctrine of the Church accepts the mutual relationship between the capital and the work but in a society in which the worker doesn't degrade himself, being only measured from the objective and external side of his work, but rather he is valued as a person, as somebody who belongs to a community of communal work, who belongs to a society that appreciates the work and that fights without fatigue for the justice, the freedom and the fairness.

DESCRIPTORS: Social Doctrine of the Church, social relationships, labour class, fairness, solidarity, social justice

A MANERA DE CONTEXTO HISTÓRICO

La revolución industrial como fenómeno acelerador del progreso no ofrece ninguna duda; sin embargo, las consecuencias generadas por el auge de la economía debido a este fenómeno, ha dejado unas huellas tan marcadas en quienes no han sido poseedores de los medios mí-

nimos para la subsistencia, que han obligado a instituciones de diverso orden, entre ellas la Iglesia Católica, a contribuir con su mediación a la minimización de los índices de desigualdad y miseria que padecen los más pobres del mundo.

Los años finales del siglo XVIII

* Economista, Especialista en Docencia Universitaria, Especialista en Educación Personalizada, Diplomado en Didáctica de la Ciencia, Magister en Educación. Docencia. Maestro Auxiliar de la Universidad Católica Popular del Risaralda. pepe@ucpr.edu.co

Recepción del Artículo: 30 de Abril de 2007. Aceptación del Artículo por el Comité Editorial: 29 de Mayo de 2007.

marcan una época trascendental para el desarrollo de la época contemporánea, tanto desde el punto de vista económico como político. El nuevo capitalismo e industrialismo europeos, así como las doctrinas de sus apologistas teóricos que figuran entre los economistas liberales, fueron, frecuentemente identificados con el materialismo. Esto determinó, naturalmente, la oposición de los cristianos más idealistas y radicales. Aunque los programas de reforma social contrarios al liberalismo económico procedían de los católicos, los altos dignatarios de la iglesia, el clero liberal y los disidentes, tenían un propósito unificador que dominaba toda su obra, y muy especialmente, el deseo de socializar el cristianismo y lograr, al propio tiempo, la reforma social de la iglesia. De este modo esperaban conseguir para las instituciones religiosas la adhesión de gran número de proletarios.

Los orígenes del moderno socialismo cristiano pueden verse en la obra del sociólogo francés Enrique de Saint-Simon, titulada *The New Christianity* (1825). En ella planteaba que los problemas sociales creados por la Revolución Industrial eran tan serios que había que desarrollar una ciencia especial de la reconstrucción social para tratar de resolverlos. Comte intentó sistematizar esta nueva ciencia social, la

Sociología, cuya necesidad había sido vista por Saint-Simon. Éste además de un reformista, fue un ardiente partidario de la industrialización. También vislumbró el capitalismo financiero, pues consideraba a los bancos como reguladores del nuevo sistema industrial. Los discípulos de Saint-Simon desarrollaron todavía más sus ideas. Enfantin y Bazard subrayaron los principios comunistas que yacen en el fondo del cristianismo primitivo que Saint-Simon había admirado tanto. Leroux defendió la idea de igualdad social y moral del género humano y subrayó la solidaridad esencial de la sociedad y la comunidad de intereses de todas las clases sociales. La obra de Saint-Simon traza el contraste existente entre las doctrinas sociales de Cristo y el tradicionalismo y ritualismo de la iglesia histórica, haciendo un llamado elocuente a la socialización de la religión.

EL DESARROLLO DEL CATOLICISMO SOCIAL

La economía se ha considerado una disciplina de la moral, así se puede observar en uno de los escritos más renombrados de Adam Smith "Los Sentimientos Morales". Sin embargo mucho antes que éste, los Padres de la Iglesia Católica visualizaron, estimaron y afirmaron que la raíz de los males sociales se encontraba en el cora-

zón del hombre. Es el egoísmo lo que no permite una comunión más fraterna, es decir, aún sin existir como doctrina el capitalismo ya recibía fuertes críticas por su carácter excluyente. Es la avaricia, decían los Padres, la que cierra el corazón a las necesidades de los más pobres. Es la codicia la que lleva a usar cualquier medio, aún pisoteando y explotando a otras personas, para alcanzar los bienes y riquezas que se han apoderado del corazón humano.

La moral social expuesta por los Padres de la Iglesia no es más que una inmensa tarea de interpretar el Evangelio y en sus enseñanzas se advierte el ideal de justicia e igualdad en las relaciones entre los hombres, y más aún de caridad: La Iglesia Católica desde siempre ha mantenido su posición firme a favor de los afectados por toda clase de necesidades y de los explotados y oprimidos por el egoísmo de sus semejantes. Ha hecho igualmente una crítica implacable a la avaricia, a la acumulación de riqueza, al lujo desenfrenado, a la usura y a las demás lacras sociales que a través de la historia han dividido la humanidad.

En cuanto a los temas socioeconómicos reflexionados por los Padres podemos citar los siguientes:

- **Los bienes han sido creados por Dios para todos los hombres.** Significa que aquéllos son comunes en cuanto al uso y la apropiación privada de algún bien debe estar supeditada a su función social, a que sirva para la utilidad común.
- **Los excedentes de riqueza deben distribuirse a los pobres.** Es un llamado a la solidaridad y a la fraternidad. El buen católico entiende que el deber de la limosna es una de las obras de caridad más importante.
- **La condena de la usura.** Es desde todo punto de vista atentatoria contra la comunidad de bienes y contra el uso común. El dinero no puede engendrar más dinero por sí mismo, máxime en economías en las cuales la característica son los pobres.

San Agustín continúa la obra de sus predecesores y exhorta al Estado para que conserve la paz dentro del orden, lo que se verifica si existe una justa distribución de bienes. En el mismo orden de ideas, este Padre de la Iglesia manifiesta: “Si hay ausencia de justicia económica y social, no puede haber paz, y sin paz el Estado tiende a desaparecer” (Vergara et al, 1997, 173)¹

¹ El llamado de San Agustín invocando el Evangelio de Jesús, condena cualquier forma de desigualdad y de injusticia social. ¿Podrá recuperar un Estado su orden si más de la mitad de su pueblo sufre la pobreza y la indigencia?

En el campo del catolicismo social tuvieron lugar cierto número de desarrollos interesantes, especialmente en Francia, bajo la restauración borbónica y la monarquía orleanista. El movimiento se inició como una reviviscencia antiintelectual del sentimentalismo, el obscurantismo y la reacción política en las doctrinas de Chateaubriand², de Bonald y de Maistre.

Pero el progreso de la democracia afectó a la iglesia tanto como al Estado en Francia y varios representantes del renacimiento religioso comprendieron claramente que si habían de conseguir algo tendrían, necesariamente, que liberalizar el punto de vista católico. Esto fue logrado, parcialmente, por Antonio Federico Ozanam (1813-1853), ilustre fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que puso en relación el neocatolicismo con la filantropía práctica; por Alfonso de Lamartine (1790-1869), que trató de poner en contacto el movimiento católico con el progreso del sentimiento republicano en Francia; Roberto de Lamennais (1782-1854), que intentó inútilmente, armonizar el catolicismo con los principios de la Revolución Francesa y de la de-

mocracia política; por Felipe José Buchez (1796-1865), que compartió el punto de vista histórico de la Escuela Alemana de Economía, trató de probar que el espíritu del cristianismo es *revolucionario*³, anticipó el “socialismo guildista”⁴ de Franz Hitze y el obispo von Ketteler y propugnó por un proyecto de producción y distribución de carácter cooperativo. Esta idea fue defendida, en forma modificada, por el sociólogo francés Emilio Durkheim y atrajo a los intelectuales ingleses y a líderes obreros. Lo mismo, aunque en forma muy diluída llegó a los Estados Unidos bajo la forma del Plan Plumb de democracia industrial, que fue expuesto a fines de la primera guerra mundial.

Todas las estructuras de la sociedad se vieron afectadas por la revolución industrial. Obviamente, los cambios se dieron en cada sociedad a medida que ella industrializara su economía o que entrara en relación con los países industrializados. La peor parte de este progreso la recibió la clase trabajadora que tuvo que enfrentar severos cambios en sus costumbres. Los obreros provenían de familias de artesanos, manufactureros o campesinos. En consecuencia, estaban acostum-

2 Destacado como una de las figuras más representativas del Romanticismo; se opuso a la revolución francesa y puso en alto el amor por la naturaleza y la gran riqueza de los sentimientos. Una de sus obras es *El genio del cristianismo* (1802).

3 El subrayado es mío. Se quiere insistir en que el Evangelio de Jesús, históricamente ha querido ablandar los corazones de los ricos en favor de los pobres, aún en medio de los escenarios más hostiles.

4 La guilda fue una institución de la edad media que agrupaba a comerciantes, artesanos y mercaderes, que controlaban los precios y los monopolios e incidían fuertemente en las decisiones políticas.

brados a un ritmo de vida donde el trabajo se realizaba dependiendo de las estaciones o las condiciones del clima, o donde se tenía la libertad de imponerse un horario propio. En las nuevas condiciones, sin embargo, el trabajador debía cumplir un horario, igual para todos, además excesivamente extenso, y su ritmo de trabajo era constante y a lo largo del año. Investigaciones y escritos sobre la revolución industrial referentes a las condiciones de vida de los trabajadores, han traído hasta nosotros descripciones que de haber sido inventadas no hubieran dejado conocer peores grados de inhumanidad y crueldad: Nos hablan de niños obligados a trabajar de doce a dieciséis horas diarias, encerrados en profundos socavones mineros a los que apenas entraba el aire y menos aún la luz. Abandonaban sus casas a la madrugada para regresar con la medianoche, habiendo apenas comido algún pedazo de pan o una sopa aguada.

LA PRESENCIA RENOVADORA DE LA IGLESIA

Esta costumbre de mantener altos niveles de pobreza por parte de los empresarios no termina, especial-

mente en América Latina. Durante el último decenio los ingresos por persona cayeron en la inmensa mayoría de las economías de la región, las tasas de desempleo aumentaron y la desigualdad en el ingreso fue mayor, creciendo así el porcentaje de la población, que vive en la pobreza y extrema pobreza (indigencia).

La visión moderna de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI)⁵ surge como una manifestación concreta a las condiciones generadas por la Revolución Industrial a fines del siglo XIX. La primera reacción se siente con el Papa León XIII, con la encíclica *Rerum Novarum* en 1891. En ella se expresa la preocupación por los cambios radicales en los campos político, económico y social, e incluso en el ámbito científico y técnico, aparte del enorme influjo de las ideologías dominantes. En el campo político, se observa la extinción de la sociedad tradicional, derivada de la aparición de una nueva concepción de Estado y por consiguiente de autoridad y de sociedad. Inicia el surgimiento una clase social plena de esperanza por conseguir nuevas libertades, pero al mismo tiempo con los peligros de nuevas formas de injusticia y de es-

5 La Doctrina Social de la Iglesia se refiere directamente a la concepción cristiana de la vida social desde un ángulo personalista, existiendo en ella, según una magnífica síntesis que hace Puebla, "Elementos de validez permanentes que se fundan en una antropología nacida del mismo mensaje de Cristo y en los valores perennes de la ética cristiana". Juan Pablo II señala en su Encíclica *Sollicitudo Rei Sociales* que el objeto principal de la Doctrina Social de la Iglesia es interpretar complejas realidades de la vida del hombre, examinando su conformidad o diferencia con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre para orientar en consecuencia la doctrina cristiana.

clavitud. (CINDE, 1992, 211). El avance de la ciencia produjo no menos cambios en lo económico, esencialmente en la estructura de producción de bienes de consumo.

Surge una forma de propiedad privada, *el capital*, y una nueva forma de trabajo, *el trabajo asalariado*, el cual se caracteriza por las extensas y agobiantes jornadas de trabajo (en muchas fábricas las mujeres y los niños trabajaban hasta 18 horas por día); por la explotación salarial (sólo recibían pago por 10 ó 12 horas lo que generaba el más alto grado de explotación a los trabajadores por parte de los empresarios. Este fenómeno fue punto vital para el análisis de la plusvalía por K. Marx, además de su crítica al nuevo sistema económico por los problemas de exclusión e injusticia social que generaba.

La preocupación de León XIII por *la problemática obrera*, no era otra cosa que su aspiración por un nuevo despertar de los pueblos oprimidos, los que querían cambiarlo todo y que esos cambios pasaran rápidamente del campo de la política al terreno, con él colindante, de la economía. En efecto, los adelantos de la industria y de las profesiones, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de riquezas en manos

de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento del conflicto (LEON XIII, *Rerum Novarum*, 1891, 97). El Papa y con él la iglesia, lo mismo que la sociedad civil, se encontraban ante una sociedad dividida por un conflicto, tanto o más duro e inhumano en cuanto que no conocía reglas ni normas. Se trataba del conflicto entre el capital y el trabajo, o como lo llamaba la Encíclica – *cuestión obrera*, sobre la cual no dudó en hablar el Papa invocando el evangelio de San Juan (21, 15-17) y el de San Mateo (16,19) para referirse a la urgencia de “apacentar los corderos y las ovejas” y de “atar y desatar” en la tierra por el Reino de los cielos. Su intención era ciertamente la de restablecer la paz, razón por la cual la sociedad de hoy no puede menos de advertir la severa condena de la lucha de clases, que el Papa pronuncia sin ambages, aún consciente de que la paz sólo se edifica sobre el fundamento de la justicia (el contenido esencial de la Encíclica fue concretamente proclamar las condiciones fundamentales de la justicia en la coyuntura económica y social de entonces).

La Encíclica *Rerum Novarum* confirió a la Iglesia una especie de docu-

mento de identidad respecto a las relaciones cambiantes de la vida pública; en efecto, para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la **justicia** en el testimonio de Cristo Salvador.

El Papa León XIII asumió valerosamente la defensa de los trabajadores en un momento en el cual la sociedad se guiaba por la consecución de la riqueza sin tener en cuenta el medio para hacerlo. De ahí que la clave de la Encíclica sea la **dignidad del trabajador** y por consiguiente del trabajo. Sin embargo el texto papal de referencia incluye otro principio: el derecho a la propiedad privada. (El Papa León XIII se refiere esencialmente a la propiedad de la tierra (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, 1891, 101-104) y a otros derechos considerados como propios e inalienables de la persona humana como el derecho natural del hombre a formar asociaciones privadas conjuntamente entre empresarios y obreros o de obreros solamente⁶).

León XIII abogó por la limitación de las horas de trabajo en las fábricas, es

decir, por una jornada laboral y un trato más justo y equitativo para los proletarios (término muy utilizado por el Papa) especialmente para las mujeres y los niños. Una afirmación contundente al respecto por parte del Papa confirma su preocupación: ***“No es justo ni humano exigir al hombre tanto trabajo que termine por embotarse su mente y debilitarse su cuerpo”***. Y con mayor precisión, refiriéndose al contrato, entendido en el sentido de hacer entrar en vigor tales ***relaciones de trabajo***, afirma: “En toda convención estipulada entre patronos y obreros, va incluida la condición explícita o tácita” de que se provea convenientemente al descanso, en proporción con la cantidad de energías consumidas en el trabajo. Y después concluye: “un pacto contrario sería inmoral”

Cobra actualidad el pensamiento del Papa León XIII acerca del **salario justo**, pues considera que el Estado debe intervenir para que se cumpla lo pactado entre patronos y obreros y no dejarse al libre albedrío derivado de estas relaciones pragmáticas e individualistas por parte de los empresarios. El salario justo se finca en el precio de producción y debe bastar al trabajador para vivir dignamente. El Estado puede intervenir fijando los salarios así como

⁶ Esta es la razón por la cual la Iglesia Católica defiende y aprueba las organizaciones obreras y expresa que el Estado no puede prohibir su formación porque su misión es tutelar los derechos naturales, no destruirlos.

interviene en la fijación de los precios de los satisfactores, ya que los patronos no pueden aprovecharse de las necesidades y de las urgencias de los demás hombres. La asimetría de dichas relaciones es criticada severamente en la Encíclica como contraria a la doble naturaleza del trabajo, en cuanto factor personal y necesario. Personal porque pertenece a la disponibilidad que cada uno posee de las propias facultades y energías, en cuanto necesario está regulado por la grave obligación que tiene cada uno de conservar su vida. En este orden, concluye el Papa, cada persona tiene el derecho a buscar el sustento de la vida, cosa que para la gente pobre se reduce al salario ganado con su propio trabajo. Entonces, el salario debe ser suficiente para el sustento del obrero y de su familia. Si el trabajador, <<obligado por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta, aún no queriéndola, una condición más dura, porque se la imponen el patrono o el empresario, esto es ciertamente soportar una violencia, contra la cual clama la justicia>>⁷ (LEÓN XIII, 1891, 30).

La Encíclica R. N. nos permite observar en la realidad contemporánea la constante preocupación y dedicación de la iglesia por aquellas

personas que son objeto de predilección por parte de Jesús. El contenido es un testimonio excelente de la continuidad dentro de la iglesia, lo que conocemos como *opción preferencial por los pobres*, opción que en la Sollicitudo rei socialis es definida como una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana.

La Encíclica sobre la cuestión obrera es, pues, una Encíclica sobre los pobres y sobre la terrible condición a la que el nuevo y con frecuencia violento proceso de industrialización había reducido a grandes multitudes. También hoy, en gran parte del mundo, semejantes procesos de transformación económica, social y política originan los mismos males. El continente latinoamericano ha sufrido con mayor rigor las consecuencias del industrialismo y capitalismo excluyentes, sumergiendo en la pobreza a la mayoría de la población que sólo tiene para su sobrevivencia su propia fuerza de trabajo. Al respecto, un estudio de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) muestra el porcentaje de hogares en situación de pobreza y los que están en la indigencia en América Latina en unos períodos considerados y reproducidos por el CINDE (Cen-

⁷ Estas palabras no pierden vigencia, pues en las economías subdesarrolladas el salario no alcanza para adquirir la canasta básica. Sin embargo los patronos y el Estado poco hacen por reivindicar a las clases más desposeídas.

tro Internacional para el Desarrollo Económico) y la Universidad Ca-

tólica Madre y Maestra de la República Dominicana.

HOGARES EN SITUACIÓN DE POBREZA E INDIGENCIA EN DIEZ PAÍSES DE AMÉRICA LATINA

País	Año		% en pobreza		% en indigencia	
	1980	1986	1980	1986	1980	1986
ARGENTINA	1980	1986	9	13	2	4
BRASIL	1979	1987	39	40	17	18
COLOMBIA	1980	1986	39	38	16	17
COSTA RICA	1981	1988	22	25	6	8
GUATEMALA	1980	1986	65	68	33	43
MÉXICO	1977	1984	32	30	10	10
PANAMÁ	1979	1986	36	34	19	16
PERÚ	1979	1986	46	52	21	25
URUGUAY	1981	1986	11	15	3	3
VENEZUELA	1981	1986	22	27	7	9

Fuente: CEPAL, División de Estadísticas y Proyecciones

Podemos observar que si bien Panamá logró mantener el porcentaje de hogares en indigencia, no fue igual para el resto de países analizados que la aumentaron; de igual forma ocurrió con el porcentaje de hogares en pobreza. Para Colombia el caso es más preocupante en la actualidad, pues según informes oficiales la pobreza bordea los límites de 58%, es decir, que en 20 años, el porcentaje de hogares en pobreza aumentó de 38% en 1986 a 58% en 2006, lo que indica un crecimiento del 52% aproximadamente. Si León XIII acude al Estado para poner remedio justo a la condición de los pobres, lo hace porque reconoce que el Estado

tiene la incumbencia de velar por el bien común y cuidar que todas las esferas de la vida social, sin excluir la económica, contribuyan a promoverlo, naturalmente dentro del respeto debido a la justa autonomía de cada una de ellas. Esto, sin embargo, no autoriza a pensar que según el Papa toda solución de la cuestión social deba provenir del Estado. Al contrario, él insiste en reiteradas ocasiones sobre los necesarios límites de la intervención del Estado y sobre su carácter instrumental, ya que el individuo, la familia, la sociedad son anteriores a él y el Estado mismo existe para tutelar los derechos de aquél y de éstas, y no para sofocarlos.

EL PENSAMIENTO EXPUESTO POR LEÓN XIII EN SU ENCÍCLICA RERUM NOVARUM EN EL CONTEXTO ACTUAL

Nada más propicio para traer el pensamiento del Papa León XIII que los acontecimientos sucedidos en 1989: La entrada del comunismo dominante en la antigua Unión Soviética a la nueva economía de mercado y la caída del muro de Berlín. Cien años más tarde la condición de los proletarios no es distinta a como la vivió el Papa. Estos y otros acontecimientos, y las posteriores transformaciones radicales no se explican si no es a base de las situaciones anteriores, que en cierta medida habían cristalizado o institucionalizado las previsiones de León XIII; él supo valorar justamente el peligro que representaba para todas las masas ofrecerles el atractivo de una solución tan simple como radical de la cuestión obrera de entonces, es decir, la solución propuesta por el socialismo, es decir, el Papa si bien condenó la injusta distribución de la riqueza junto con la miseria de los proletarios, jamás aprobó que la solución se diera sembrando el odio de los pobres hacia los ricos y mucho menos acabando con la propiedad privada, pues esta teoría es tan inadecuada que llegaría a ser más perjudicial para las clases



obreras. Además, considera que el error fundamental del socialismo es antropológico, pues en este sistema el hombre es un simple elemento y una molécula del organismo social, de manera que el bien del

individuos se subordina al funcionamiento del mecanismo económico-social. El hombre queda así pues reducido a una serie de relaciones sociales en donde desaparece el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social, mediante tal decisión.

Contraria a la posición socialista, desde la Encíclica R.N. y de la DSI, la sociabilidad del hombre no se agota en el Estado, sino que realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo los grupos económicos, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía, sin salirse del ámbito del bien común. Sin embargo, León XIII a nombre de la iglesia sabe muy bien que, a lo largo de la historia, surgen inevitablemente los conflictos de intereses entre diversos grupos sociales y que frente a ellos el cristiano no pocas veces debe pronunciarse con coherencia y decisión. En este sentido la Encíclica *Laborem Exercens*, reconoce el papel positivo del conflicto cuando se configura como <<lucha por la justicia social>> (LABORES EXERCENS, 1981, 602-618).

Aquellos acontecimientos del año 1989, si bien tuvieron su epicentro

en países de Europa oriental y central, han traído consecuencias de orden universal. Una derivación de estos momentos históricos es el encuentro entre la iglesia y el Movimiento obrero, que durante casi un siglo estuvo controlado por la hegemonía marxista. En la crisis de este pensamiento surgen nuevas formas de conciencia obrera, cuyo pilar fundamental se encuentra en la exigencia de la justicia y de la dignidad del trabajo conforme a la DSI.

La iglesia continúa comprometida no sólo con la doctrina social, sino con su responsabilidad de ayudar a combatir la marginación y el sufrimiento, de este modo, ofrece a los hombres la búsqueda de nuevos caminos que reafirmen la posibilidad de encontrar una auténtica teología de la liberación humana integral. Sin embargo, la iglesia es consciente que dadas las circunstancias derivadas de los acontecimientos de 1989, los ajustes deseados tardan mucho tiempo pues el poder de los odios no desaparece con facilidad; reconoce además que la paz y la prosperidad, si bien son anhelos colectivos, no se puede gozar de ellos correcta y duraderamente si son obtenidos y mantenidos en perjuicio de otros pueblos y Naciones, violando sus derechos o excluyéndolos de las fuentes de bienestar.

EL DESARROLLO ECONÓMICO COMO MEDIO Y NO COMO FIN: UNA ORIENTACIÓN UNIVERSAL DE LA DSI.

El desarrollo económico y el bienestar son aspiraciones legítimas de los hombres de todos los pueblos y de todas las épocas, sin embargo se requiere una relación estrecha entre lo económico y lo moral como clave de la justicia social y de la preservación de los equilibrios económicos como forma de asegurar el destino universal de los bienes. En este orden, el desarrollo económico es un medio y no un fin y exige conciencia de todos, como deber moral, de contribuir a su plena realización.

Si bien la R.N. del Papa León XIII, tuvo una gran implicación económica, allí no se estudió la situación de la economía como ciencia ni el problema del desarrollo económico, lo cual es un punto que depende de las cambiantes circunstancias. El Papa Pío XI en su Encíclica <<Cuadragésimo Anno>> retoma el asunto económico y acuña la expresión <<orden económico>> como sinónimo de Economía y globalizadora de todo lo que encierra el desarrollo económico, (QUADRAGESIMO ANNO, 1931, 42). Son múltiples los criterios que la iglesia ha expresado en

torno a la problemática del desarrollo económico por considerarlo un problema de alta complejidad social. Para la DSI existe una relación intrínseca entre todo lo económico y el orden moral, lo cual permite a la iglesia, respetando la autonomía propia de la Economía, acercarse a lo económico en cuanto a que es una actividad del hombre y éste no puede realizar libre y racionalmente nada sin que al mismo tiempo, lo que haga, no tenga connotaciones morales.

La Economía debe servir a su propia finalidad de distribuir la riqueza y de promover la justicia social; de igual manera, esta generación de riqueza no debe quedarse en el mero incremento de los productos, ni el beneficio, ni el poder, sino el servicio del hombre, del hombre integral (GAUDIUM ET SPES, 64). La iglesia clama porque se eviten los desequilibrios económicos porque éstos contradicen a la justicia y a la humanidad y van contra el dominio integral del hombre sobre la creación dentro de una concepción del destino universal de los bienes (MATER ET MAGISTRA, 1961, 94).

Estas reflexiones abordadas desde un mínimo bibliográfico acerca de la relación entre la DSI y la libertad de los pueblos, especialmente de los más oprimidos, como se ha referido desde la visión de León XIII y la de los

más contemporáneos como Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, la DSI ha mostrado su claridad y respeto por el desarrollo económico de los pueblos como una manera de alcanzar los mínimos niveles de bienestar y prosperidad.

Las nuevas realidades geopolíticas derivadas unas por los acontecimientos de 1989 y otras por las dinámicas propias de cada región, han acrecentado el problema de la desigualdad, de la pobreza, de la marginación, de la injusticia y de la exclusión social. El Papa Juan Pablo II reclamó con insistencia que el *“desarrollo debe realizarse en el marco de la solidaridad y de la libertad, sin sacrificar nunca la una por la otra bajo ningún pretexto”* (SOLLICITUDO REI SOCIALIS, 1987, 41), antes el Papa Pío XII había orientado el concepto de solidaridad en dos dimensiones afines, que hoy cobran mucha más vigencia: la fraternidad humana en el nivel interpersonal y la cooperación entre pueblos, más concretamente entre los pueblos superdesarrollados y los subdesarrollados en el nivel internacional.

Pienso que si la humanidad toma conciencia de la importancia de la DSI, la comprende y la practica, el desarrollo global planetario, regional, nacional o local puede plantear exigencias y soluciones en terrenos como la eliminación de la carrera

armamentista, los problemas de biodegradación y contaminación y en primer lugar los problemas de la garantía de la alimentación mínima suficiente para todos, así como salud, educación, vivienda, empleo, recreación, etc.

Los cristianos, pero mucho más quienes tenemos la responsabilidad de ayudar a la formación de jóvenes universitarios de una universidad católica, debemos ser firmes defensores de la Doctrina Social de la Iglesia y considerar ese compromiso como un ejercicio del mandato universal del amor.

En la misma forma como la DSI nos invita a luchar no sólo por el Bien Común y por unas nuevas estructuras sociales más equitativas, debemos tomar la iniciativa para eliminar la pobreza, de permitir el acceso de los más pobres al desarrollo integral y de reducir las diferencias entre los ricos y los pobres. Las declaraciones sobre política económica no deben quedarse en el marco de la defensa militar de los bienes productivos, también es preciso exigir mecanismos económicos y políticos que promuevan y fortalezcan la equidad social.

En comunión con la Misión Institucional de la UCPR, las prácticas docentes deben incluir de

manera permanente la reflexión crítica sobre la situación de las comunidades más pobres de la ciudad y del departamento, pues ésta existe para el servicio de la sociedad, especialmente de aquellos más necesitados y comprometida además con la formación de hombres y mujeres libres y comprometidos con la exaltación de la dignidad humana.

La experiencia del Desarrollo Económico, pensado en función de la reivindicación integral de los pueblos, demuestra que, al haber más empleo y mejorar el ingreso por persona, también mejora la condición de toda la sociedad, ampliándose las oportunidades para todos en cuanto a educación, salud y bienestar, y que las mismas se conviertan en factores retardantes de la exclusión y de la pobreza.

Pero el compromiso es mayor por cuanto debe aspirarse no sólo a la idea desarrollo desde la visión económica, sino desde una nueva perspectiva que incluya la equidad, la dignidad, la humildad, la paz y la justicia. La Encíclica *Populorum Progressio* insiste en el crecer como personas pero responsables de los

deberes personales y sociales, en un clima de solidaridad nítido y claro, (*POPULORUM PROGRESSIO*, 1967, 21).

Finalmente, las exigencias morales a la economía, como las que impone el llamado de la Iglesia, provocan una reflexión en diversos sentidos: desde el campo empresarial, la iglesia clama por una justicia distributiva que incluya a los más pobres y permita que las clases olvidadas y marginadas puedan acceder a los procesos productivos con empleos y salarios más justos que reivindiquen su propia dignidad; a los Estados los exhorta para que diseñen políticas económicas orientadas al fortalecimiento de la justicia social y a la disminución de la pobreza, la exclusión, la violencia, la discriminación y la inequidad. En mi perspectiva, a la Economía le endilgan problemas como el de la pobreza, cuando en realidad es un problema ético ya que son los hombres los que le dan mal uso a los recursos escasos⁸ en su afán de acumular y concentrar la riqueza sin importar los problemas sociales, económicos, políticos y culturales que de esta actitud se derivan.

8 La Economía como ciencia no es responsable del indebido uso que la sociedad da a los recursos con que Dios dotó a la naturaleza. Las asimetrías en la distribución del ingreso, la injusticia social, la exclusión, la violencia, la pobreza no son culpa de la Economía ya que ella desde su teoría científica expone los criterios para generar mayor bienestar a toda la sociedad.

Urge pensar en nuevas ideas, en cómo diseñar políticas económicas con rostro humano; mecanismos que permitan articular estrechamente las políticas económicas y sociales, cómo mejorar la equidad en el continente más desigual de todo el planeta, cómo llevar adelante alianzas virtuosas entre Estado, empresas y sociedad civil en todas sus expresiones para enfrentar la pobreza. Un interrogante de fondo es el de cómo recuperar una reflexión que ligue ética y economía, iluminando desde los valores éticos, el camino a seguir y recuperando la ética como un motor del proyecto de desarrollo.



BIBLIOGRAFÍA

BARAUNA, Guillermo. La iglesia en el mundo de hoy: estudios y comentarios a la constitución "Gaudium Et Spes" del Concilio Vaticano II. Madrid. STVDIVM, 1967. 773p.

Centro Internacional para el Desarrollo Económico. Doctrina Social de la Iglesia y Economía para el Desarrollo. Chile : CINDE, 1992. 276p.

CEPAL. Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe. Chile. CEPAL. 1998. 127 p.

NARCISO, Moguer. La enciclica "Quadragesimo anno": sobre la restauración del orden social. Madrid. Editorial Razón y Fe. 1934. Vol.1

Secretariado Nacional de Pastoral Social de Colombia. 12 trascendentales mensajes sociales. Santafé de Bogotá. Kimpres. 1993. 649p.

Universidad Católica Popular del Risaralda. Misión. Pereira. Universidad Católica Popular del Risaralda. 199?. 47p.

Universidad Católica Popular del Risaralda. Visión. Pereira. Universidad Católica Popular del Risaralda. 2003. 46p.

VERGARA D. Raúl. Manual de Doctrina Social de la Iglesia. Santafé de Bogotá. Consejo Episcopal Latinoamericano. 1997. 565p.